

# Entre mito y realidad: Marta Vélez, maestra de las profundidades del alma

**Gloria Patricia Peláez Jaramillo**

Psicoanalista, AME, IF-EPFCL, Doctora en Psicoanálisis, profesora titular e investigadora. Miembro fundador y coordinadora del Grupo de Investigación Psyconex y su Especialización en Psicopatología y Estructuras clínicas, Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, UdeA. gloria.pelaez@udea.edu.co

*Oh, je voudrais tant que tu te souviennes  
Des jours heureux où nous étions amis  
En ce temps-là, la vie était plus belle  
Et le soleil plus brûlant qu'aujourd'hui.*

*(...) Mais la vie sépare ceux qui s'aiment  
Tout doucement, sans faire de bruit  
Et la mer efface sur le sable  
Les pas des amants désunis*

**(Les feuilles mortes (1946), Jacques Prévert,  
interpretada por Yves Montad)**

Como esta canción, muchas otras que amabas me evocan tu presencia y hacen que me invadan los recuerdos entrañables que me acompañan desde que no estás... ausencia que lamento y se hace fuerte, casi sonora, porque me recuerda tu canto alegre, de tono fuerte y potente, que también se hacía triste por el cuidado y atención a la profundidad de las palabras y al insondable mar articulado que cada letra abría, encadenando representaciones y afectos cuyo entramado empuja el saber enlazado.

Fueron muchos los entrañables y adorables encuentros —aunque insuficientes, porque queríamos uno más— en tu adorable casa o en mi apartamento, disfrutando veladas con las amigas del alma y con tu gran amor, amenizadas con buen vino y comida que hacían la atmósfera propicia para sumergirnos en las profundidades de temas vitales de esta Colombia dolorosa y cruel que nos acongojaba el alma. La preocupación persiste, aunque hoy este majestuoso país se observa con otros ojos. ¡Cuánto disfrutarías este acontecimiento!, porque tu reflexión estuvo centrada en la esperanza de una transformación interna del hombre, de ese proceso “evolutivo” anímico que

implica hacer de la garra una mano para abrazar, acariciar, cuidar, crear, escribir... seguimos creyendo y apostando por el cambio.

Logramos millones de votos por la paz, la vida y la no violencia, más que en aquel momento oscuro cuando perdimos la fe en la humanidad que nos habita; conseguimos, mi querida Marta, superar el poder del dinero con la idea de un lazo social digno por encima de los egoístas de cuna, de narcos y paracos que hacen la guerra para proteger con sangre y control sus privilegios en un Estado de poder medieval. Las guerras son murallas que construyen para defenderse y ahondar la división con los otros; ¡no quieren permitir que haya pueblo!, este concepto, que es una existencia posible, humana, los atemoriza por sus implicaciones sociales, políticas y democráticas situadas por los filósofos políticos, entre ellos Agamben, Arendt, que tanto leías, investigabas y transmitías en la universidad. Aquellos señores de la guerra —subrayabas incontables veces— se proponen a toda costa asegurar, con la rienda entre sus manos, el control de los micropoderes locales. La universidad no escapa de ello: en el aeropuerto, la plaza de drogas pervierte a los



jóvenes ilusos, y en el resto del campus la multiplicidad de puestos de comida y ventas de mecate se impone, apropia y desplaza a los estudiantes de sus lugares de encuentro y estudio, estableciendo así un mercado gestado por la indolencia de los pequeños amos que roban y usufructúan los espacios públicos, diseñados para ser refugio de estudio, pero también de vida de los jóvenes estudiantes —procedentes en un 80 % de barrios y hogares marcados por distintos tipos de violencia, donde el silencio o la concentración son imposibles, donde la tarea académica se torna, en ocasiones, una excentricidad para familiares o vecinos que arremeten y se apropian también del espacio físico y aéreo del vecindario con música desgarradora por el volumen, menos por su contenido—. Esta decadente herencia narcoparaca (derechista, además) que soborna, corrompe y afecta la democracia, el respeto al silencio, al estudio y el trabajo, incluso al dolor del cuerpo y del alma, porque se impone como amo con la exigencia al sometimiento o al desplazamiento, no acontece solo en el campo o en el barrio, sino también en el campus universitario donde los estudiantes encuentran el círculo de repetición, esto es, las mismas lógicas y dinámicas: expropiación y uso indebido de la madre universidad; la anciana *Alma Mater* es objeto de ultraje, realidad que resalta y mantiene el sentido de tu lucha por la dignidad de lo femenino: tu grito liberador es actual y potente, sigue viva tu denuncia y esfuerzo por subvertir la

penetración imperialista en este cuerpo de mujer y madre que es la Universidad, y la Tierra misma, como el de las mujeres que en la guerra han sufrido la violencia, pero también en la vida tradicional pues para existir sin ser debieron someterse:

*Como volcán me has parido piedra. Piedra llena de fisuras, porosidad del ser, consistencia hueca. Madre volcánica de silencios milenarios, quietudes ancestrales. Madre estallada de hijos. Cuerpo sin piel, sin vulva, sin clitoris. Cuerpo desappropriado.*

<sup>1</sup> Marta Cecilia Vélez S., “Borrador para una carta a mi Madre”, Revista P&P+arte, número 7, año 4 (2022): 46-50.

*(...) En ti madre, he visto cómo otros han robado la vida. En mí están tus arrugas, en mi cuerpo, tu soledad trashumante, en mi imposibilidad, los silencios milenarios que han amordazado tu cuerpo, en este estar perdida y sin orientación, tu propia inexistencia y en mi grito, el dolor de verme/te madre ausente de toda risa y vida posible.*

*(...) No, no quiero ser como tú; señales de desvelos, cuartos de aburrimientos y tejidos dejados por otras premuras desfilan por mi mente. ¡Oh!, madre parturienta que no pudiste darme la vida, madre preñada, eterna habitante de estaciones en espera, grávida de órdenes y tareas, preñada de hijos en noches despreciables donde eras condenada a la muerte en vida.*

*Yo te amo mujer nunca sida. Desde la distancia que nos separa, la inexistencia de palabras que nos nombren y el goce que intento darte, te amo, madre enclaustrada, y te recreo en mi vida. Quizás jamás podré hablarte, entregarte mis labios húmedos de risa y goce, tampoco intentar narrarte cómo me doy la vida y quizás nunca invitarte a cenar con mis hermanas de lucha. Y hasta temo que nunca querrás nombrarme. Pero ahora, madre, soy yo quien te da la vida, soy yo quien rebujo en mi cuerpo para crear nuestros nombres y escapar a las fisuras y a la dureza frágil que me has dado por vida.*

*(...) pero quizás podríamos hablar algún día, quizás podremos encontrarnos y nombrarnos como lagos, manantiales y montañas; darnos palabras sin historia —que hoy nos separa— para que nos reinventemos otra vida.*

*Hasta ahora las palabras solo han servido para ampliar aún más las fisuras. En ellas el código ajeno del padre, su sistema de rígida comprensión, sus leyes de conquista y opresión y el enmascaramiento de tu silencio. Cuando hablas, madre, me hablas en su nombre, lugar de omisiones, lugar de nuestro no-lugar.<sup>1</sup>*

Marta, apostamos en las últimas elecciones por la transformación que, estoy segura, feliz habrías apoyado, y abandonado el

<sup>2</sup> Irene Vallejo, "Ser sur", *El País*, 09 de junio de 2023.

<sup>3</sup> Marta Cecilia Vélez Saldarriaga, *Mientras el cielo esté vacío* (Medellín: editorial EAFIT, 2020), 358.

círculo de los resistentes abstencionistas de los años 70, porque después de 40 años fue posible el primer gobierno de izquierda. Tu espíritu se sorprendería y tu alma constreñida y sobrecogida gozaría de las marchas; ¡te alegraría ver cuántas y cuántos apoyamos la *otra dirección* y acompañamos este giro en el rumbo que orienta al sur!, que era un sueño para ti, una Latinoamérica que se reconoce en sus diversas y ricas culturas ancestrales, en sus logros y conquistas, como Irene Vallejo<sup>2</sup> sostiene en su bello artículo "Ser sur":

(...) el sur se ha convertido en categoría ideológica, más que cartográfica, el modo en que los centros de poder describen la periferia. En rigor, todas las posiciones son relativas: cada lugar es a la vez norte, sur, este y oeste, dependiendo de dónde se sitúe quien observa (...) no existe ninguna razón científica para ubicar el norte por encima del sur, más allá de la mirada de los exploradores europeos. La historia explica mejor que la geografía las coordenadas de nuestros prejuicios. Milenios atrás, el norte carecía de protagonismo simbólico. (...) En distintas épocas, el mismo lugar puede ser vencedor y vencido, imperio y patio trasero quebrado y más tarde próspero. Lo único que no cambia es la percepción de los países poderosos de turno, convencidos de ser, por siempre, brújula de la realidad. El artista uruguayo Joaquín Torres García desafió en 1943 los preceptos cartográficos y mentales con su dibujo América invertida, donde la Patagonia apunta como una cúspide, hacia arriba. Escribió: "Ahora le damos la vuelta al mapa y así tenemos una idea verdadera de nuestra posición. El sur es nuestro norte" (...).

En nuestro país, mi querida del alma hubo una subversión histórica de azules y azucenas, de rojos desteñidos y de camanduleros, se alteró el orden de dos siglos. Te sorprendería ver millones de esperanzas, de resistencias y votos por conservar y alimentar paso a paso el Cambio y mantener el entusiasmo por una Colombia humana, que añorabas, investigaste afanosamente y lograste en bellas páginas describir. La transformación es posible, no tenemos que imaginarla o atisbarla tras el postigo de nuestros anhelos, análisis e ilusiones, se concreta en proyectos posibles que abren la esperanza y la puerta hacia nuevos horizontes en medio de la imposibilidad histórica anquilosada que, entonces, incrédulas esperábamos.

Las entrañas de la Madre Tierra continúan en movimiento como otredad absoluta, enseñándonos que, si ella se mueve, también podemos hacer un giro que, orientado por un nuevo discurso opuesto a las armas, la violencia, la desigualdad, procure un orden simbólico capaz de transformar al semejante —que entraña segregación— en proximidad para hacer "lazo social", esto es, el otro respetado en su alteridad absoluta. Un lazo abierto a la creación, un orden de discurso que dé lugar a nuevos espacios sin el temor a las amenazas y los desplazamientos brutales en los territorios, que profundizan la desigualdad y oprimen en particular a las mujeres, cuyos cuerpos en el conflicto han sido también territorios de lucha —asunto que analizabas con agudeza y formalizabas de las fuentes directas: las voces de las mujeres que traducías en letras palpitantes, con fuerza sobrecogedora en tu obra—:

(...) Nohemí lloraba el llanto de toda su vida, el llanto por los abuelos y por su madre, por su cuerpo ultrajado y robado, por sus hijos desaparecidos, idos sobre las aguas del río Cauca, por sus tumbas vacías; lloraba por el dolor de Elena, el dolor de los cuerpos torturados, y sus lágrimas se sumaban al llanto de miles de mujeres que recorrían el país siguiendo las huellas de los hombres enfermos de odio, en medio de gentes indiferentes.<sup>3</sup>

¡Me propongo hacer tu perfil!, propósito que, seguro, interrogarías... Pero ensayo a dibujar tu presencia a partir de las líneas del recuerdo en medio de la naturaleza y el calor que te abrazaba después de las quimios para animar tu cuerpo adolorido, y donde pudiste, a pesar del frío de huesos y músculos, mantener tu dulce y aguda mirada de ojos verdes, tras el lente de tu cámara puesto en los pájaros, sus colores y cantos, como en la hoja en blanco para escribir y finalizar tu última novela "Mientras el cielo esté vacío".

Finos trazos de tu ídolo son además las creaciones de la revista *Brujas: las mujeres escriben*; los libros *Los hijos de la gran diosa: psicología analítica, mito y violencia* (1999); *Las vírgenes energúmenas* (2004); y *El errar del padre* (2007), publicados por la Editorial de la Universidad de Antioquia. Eras una conferencista de talla nacional e



Daniela Serna Gallego, Caja de valor, 2018, @daniela.sernaa

internacional, participe de los encuentros de las redes de mujeres y del movimiento feminista que, con vehemencia defendías, era una lucha por los derechos históricamente desconocidos, manipulados o diezmados.

<sup>4</sup> Marta Cecilia Vélez Saldarriaga, *Las vírgenes energúmenas* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2004).

Para identificar los rasgos que te representaban, son elocuentes los relatos de los miles de egresados, porque treinta años de enseñanza fueron un faro que orientó a tus alumnos, marcados todos por la fuerza de tu voz ronca y la casi intimidatoria potencia de tus ideas. Dejaste una huella imborrable, agridulce porque es sello de tu presencia simbólica, de la inmortalidad de tu alma, y agria por el desencuentro radical de cuerpos, miradas, voces; queda solo recrear tu memoria y afirmar que un perfil tuyo se queda corto, pues difícil es destacar qué te identificaba, cuando eras una polifonía: participaste del caleidoscopio social y político universitario de los años 70 y 80, ávida de saber y decidida por la defensa de los derechos humanos y de las mujeres, en su sexualidad, formación, trabajo y producción artística y científica. Tu silueta se dibuja en el amor por la fotografía, tu incursión en la talla de madera, en la siembra de orquídeas y eucaliptos, en la preocupación por contribuir al cuidado de las semillas nativas y originarias. Te destacabas también en la cocina. Tus dotes culinarios los disfrutábamos con diversos platillos que amorosamente brindabas a tus amigas cercanas y familia. Tu sentimiento por las letras y vocación por la escritura era una raíz profunda en tu ser que dio bellos frutos, y no podías dejar de incursionar en la novela. El cine te apasionaba y la poesía era llama que iluminaba tu cavilar; se trataba también de un sentimiento profundo que removía tus entrañas, tu ser, y te hacía recitar de memoria a Otto de Greiff; la poesía y amor por la música te acompañaron hasta el final, trazas de ese espíritu de puro fuego que te identificó.

Hubo un momento decisivo para ti, descubrir la fuerza de la escritura de las mujeres, otro ángulo diverso al camino recorrido que alimentó tu deseo de escritura y la avidez insaciable de saber y estar a la altura de las reflexiones de las filósofas, poetas

y escritoras, las artistas que nos enseñan. Me decías: “Cariño, las mujeres escriben de otra manera, debes leerlas”, y es cierto, te leo y lo compruebo, hacen tejidos que resaltan los colores de la otredad femenina, que históricamente ha sido causa de represión, violencia, sometimiento y mantenimiento de una desigualdad abrumadora. Las mujeres son capaces de cuidar la otredad, no todas, hay que decirlo; las que son cuidadoras han sido potencia de vida y sufrido la acción represiva del discurso del amo que denunciaste en *Las vírgenes energúmenas*<sup>4</sup>:

cavaba en el vientre de la bestia y me iba a una soledad sin nombre, hacía un allá, lejanía impredecible, desconocida, arcano al que ya no temía pues las había visto a ellas, diosas, trágicas, en el hacia allá irredento de su creatividad y búsqueda desesperada de otro modo en el que fuera posible decirse, se desencadenaron como una cascada, carcajada acaso, todas las voces inaudibles por la lengua fallida, y en sus risas, se levantó el bullicio y la basura que la había cubierto.

O en el papel que la niña Antígona desempeñó en el caminar de Edipo, ciego y viejo, que rescataste.

El psicoanálisis te sedujo y no dudabas en reconocer la fuerza de sus tesis, pero tampoco dudaste en interrogar sus nociones, razón para explorar a Jung, entonces poco conocido en el medio. Te hiciste doctora con honores en psicología analítica, y al retornar a la universidad conseguiste hacer escuela y dejar en tus alumnos un legado. También hizo carrera en la universidad tu cátedra Mitos y símbolos, que mejor plasma tu perfil, porque enseñabas en ella la relación entre el mito como producto, su estructura y reflejo de la *psique* contradictoria del ser humano, *Alma* que fue siempre un enigma para ti y ordenaba tu búsqueda, alimentaba tu letra y recreabas en tu investigación en una suerte de recorrido exploratorio moebiano entre tus propios laberintos y los que se develan de los otros en las acciones violentas: masacres, desplazamientos; en el lenguaje parlache... también en la oferta de las visiones ancestrales, chamánicas... veías en todos posibilidad de saber sobre esa condición humana cuyos límites encontrabas superados escuchando asombrada el relato de tortura de una mujer

guerrillera que no traicionó a sus compañeros de lucha y mantuvo con heroísmo su posición ética. Te preguntabas por ¿cómo es capaz? Y por cómo fueron capaces miles de mujeres en esta guerra despiadada y descrita con firmeza, sin retroceder en tu deseo de dibujar lo que pasó en El Salado, en los Montes de María. Este trabajo ocupaba el centro de tus cursos; en ellos ordenabas y transmitías tus enseñanzas producto de tu aguda reflexión, nutrida con fuentes recientes, interrogadas por tu posición de investigadora acuciosa, legado que recibí como compañera de trabajo.

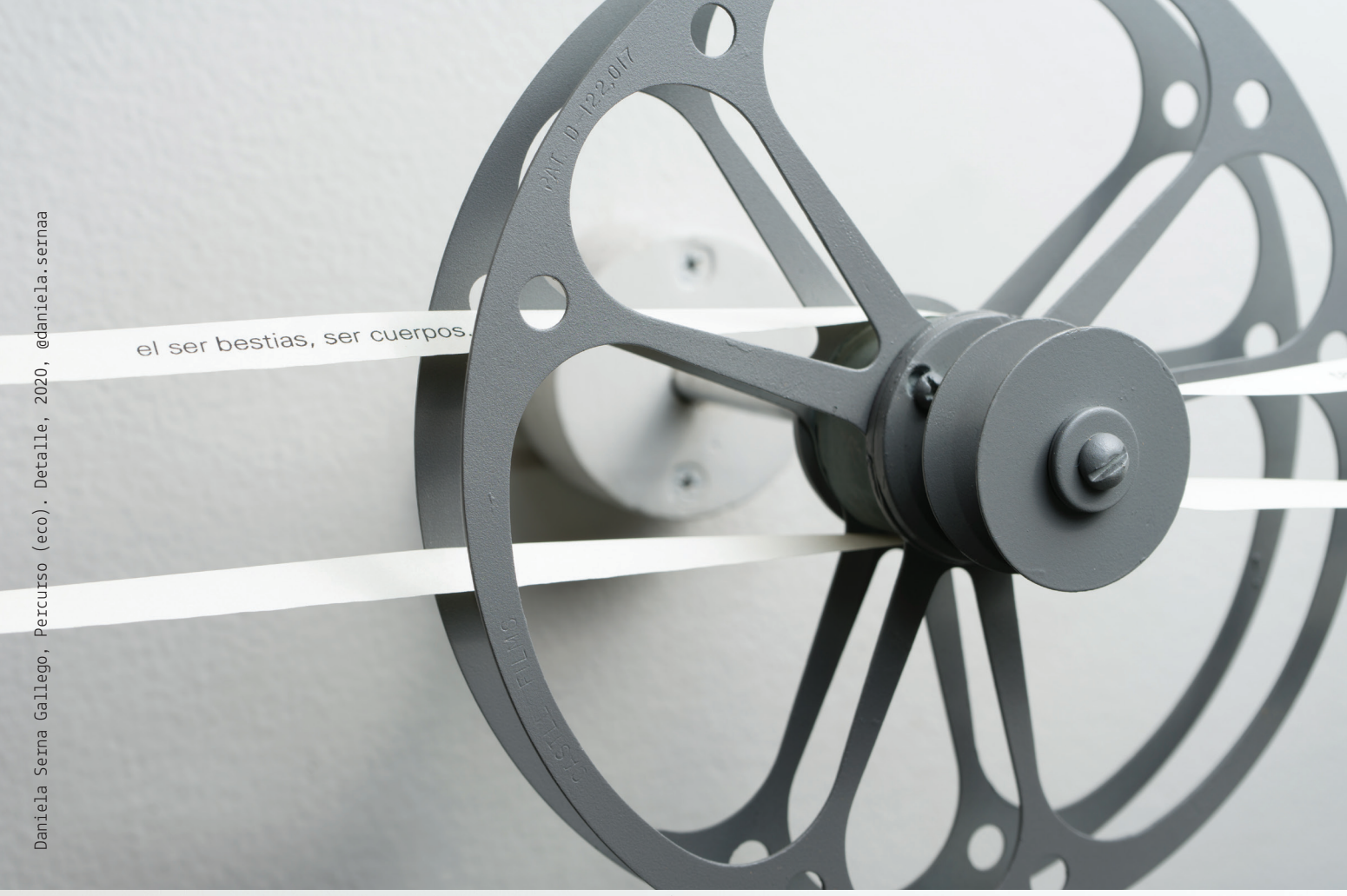
Ingresaste muy joven a la universidad y participaste en la reestructuración de las áreas de humanidades. Fuiste fundadora del Departamento de Psicología en los años 80, que con entusiasmo decían sería un departamento donde los estudiantes se formen a partir de la investigación; fue un sueño que debió ser interpretado por los mandatos de los directivos del Ministerio de Educación Superior de entonces... siempre te lamentaste de que ese proyecto se enterrara... fue un fantasma

que figuraba en tus sueños de catedrática consagrada. ¡Querida del alma!, finalmente te escribo más una carta que hacer un perfil para la *Revista* de la Universidad de Antioquia, *Ella*, que tanto amaste y que nos unió en un lazo de amistad entrañable, hoy está desolada sin tu compañía. Tu ausencia se hace cuerpo y se sienta a mi lado a tomar el café que siempre compartíamos. Ahora tu aliento me acompaña y espero que el aleteo de tu alma, que es tu obra, pueda hacerla pervivir con la creación de la Cátedra Mujeres U. de A. Insisto ante las instancias administrativas por este proyecto que honraría tu memoria y la de grandes mujeres como tú que han sostenido la universidad como *Universitas*, como campo de saber y vida, donde sus discursos sean reconocidos en su esencia creadora, una memoria viva, y un espacio que nutra a los y las jóvenes estudiantes con sus diversos legados de pensamiento, que apuesten por la formación como estrategia vital, en el sentido ético, no solo aquel escenario de subsistencia profesional. 📖

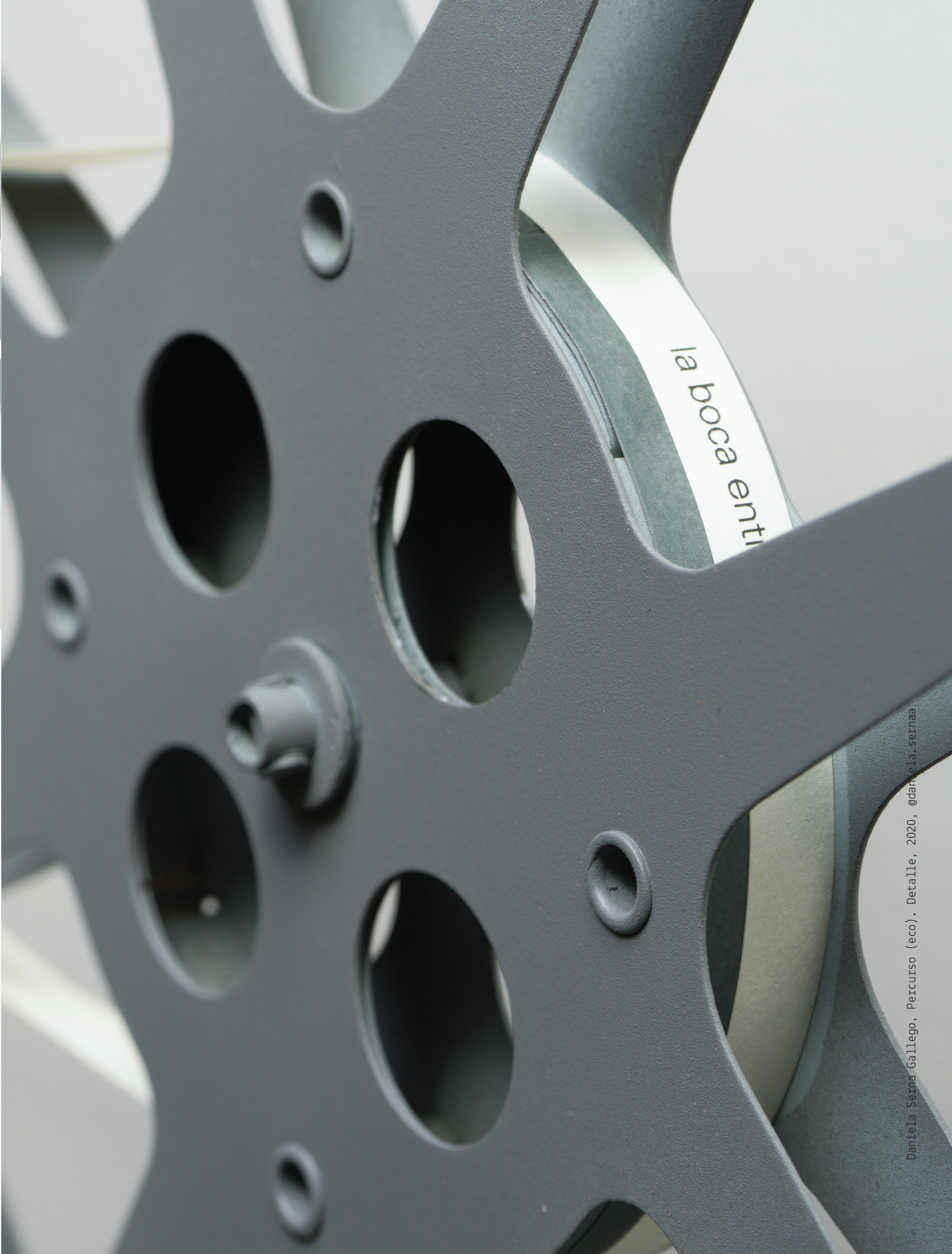
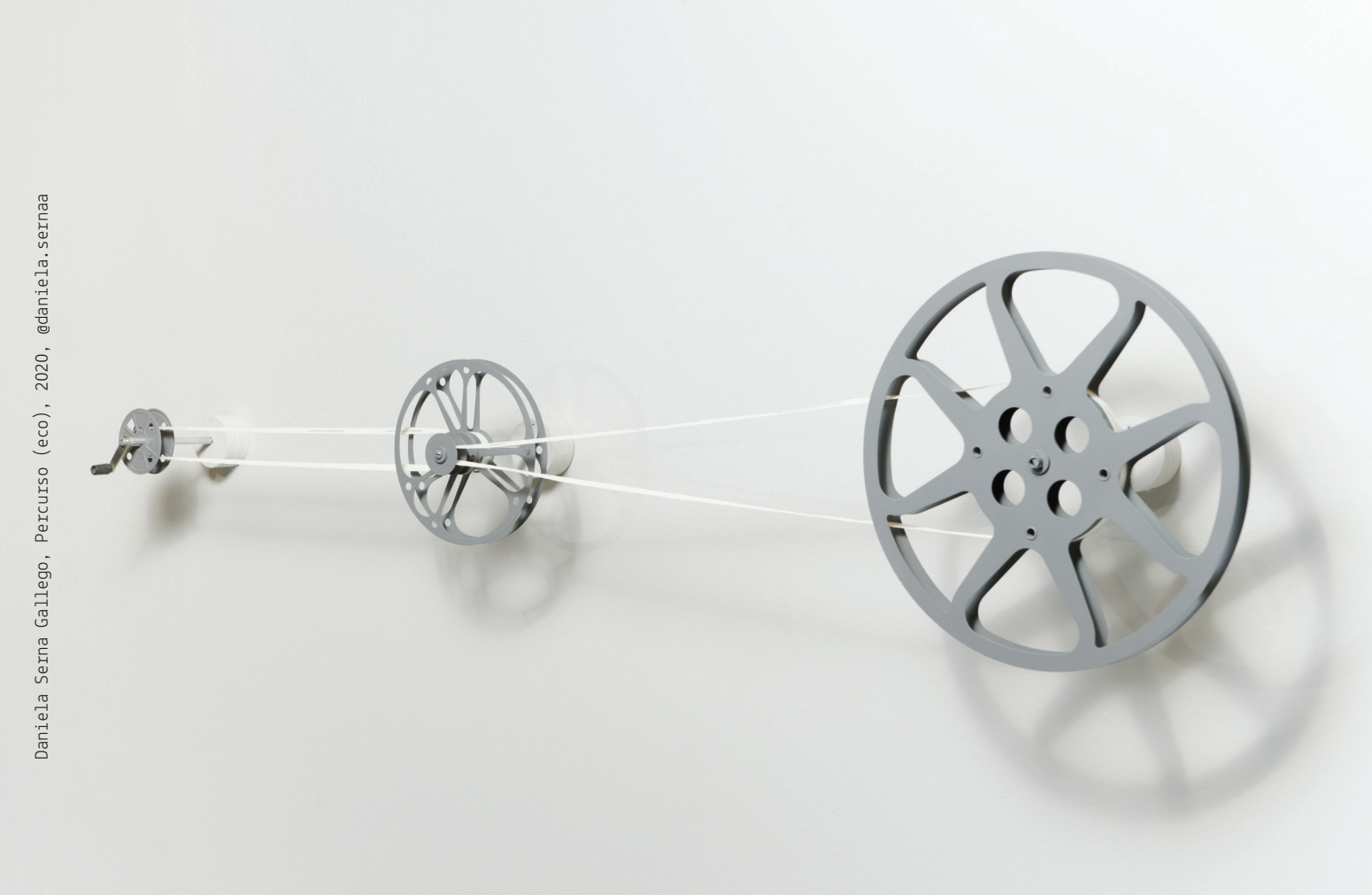


Francisco Londoño, Untitled, 91 x 130 cm, 2021, @franciscolondono\_artist

Daniela Serna Gallego, Percurso (eco), 2020, @daniela.sernaa



Daniela Serna Gallego, Percurso (eco), 2020, @daniela.sernaa



Daniela Serna Gallego, Percurso (eco), 2020, @daniela.sernaa